

necesidad de evitar la total ruina de Suecia aun cuando por la fuerza de las circunstancias no se la pudiera eximir de importantes sacrificios. Inglaterra se encargó del papel de mediadora, pero no había que esperar que se impusiera la misión de atender ante todo á los intereses alemanes, pues lo que principalmente importaba á la política inglesa era inducir á Prusia y á Dinamarca á que se unieran á Suecia aislando de esta suerte cada vez mas á Rusia.

Federico Guillermo I de Prusia estaba íntimamente ligado con Rusia por sus anteriores relaciones y por compromisos que traían su origen de tratados, y tenía el convencimiento de que una paz separada por él firmada con exclusión de Rusia no tendría justificación posible, razón por la cual vaciló mucho tiempo antes de ceder á las instigaciones de Inglaterra, resistiéndose á entrar en ninguna negociación si á la vez no entraba el czar en ella. Pero al fin venció el deseo de ver restablecido el orden de una manera definitiva y venció sobre todo la impetuosa y muchas veces arrogante insistencia de la diplomacia inglesa en Berlín, prestándose Prusia á firmar la paz con Suecia sin que en ella se comprendiera á Rusia. Federico Guillermo obró así contra los dictados de su conciencia y despechado por haber sido vencido diplomáticamente y engañado por Inglaterra y por el emperador que obraba de completo acuerdo con esto: «rogaré á Dios — decía — que me asista si he de representar un papel tan extraño y que represento de mala gana porque no es propio de un hombre honrado (1).» Pero al fin cedió: las condiciones para la paz fueron convenidas con Inglaterra y aceptadas por Suecia.

La cesión de Stettin y de la Pommerania occidental hasta el Peene y la de Usedom y Wollin no podía serle negada á Prusia; pero tampoco se habló, en cambio, de añadir á la parte que le correspondía en el botín la ciudad de Stralsund y la isla de Rugen. Por el curso que hasta entonces había llevado la guerra y por los tratados existentes esta conquista había sido adjudicada á Dinamarca, pero en Estokolmo no se consintió desde un principio la mediación de Inglaterra sino con la condición de que el territorio del otro lado del Peene y Rugen serían restituidos á Suecia. Inglaterra se conformó con ello; Francia, fiel á su tradición, expresó el deseo de que Suecia debía continuar siendo Estado alemán, y en Berlín mismo, ante la imposibilidad de acariciar esperanzas propias, se estimó satisfactorio este arreglo: «Se puede tolerar que los suecos conserven algo en Alemania, pues de esta suerte habrá modo de atacarles; en cambio, si perdieran todo cuanto aquí poseen, sentirían deseos mas vehementes de recuperarlo todo (2).» Como se ve, con poco se satisfacía Prusia, pero á decir verdad las circunstancias no permitían otra cosa.

Inglaterra, en su papel de mediadora, estipuló que Prusia entregaría á manera de compensación á la corte sueca, que tanta necesidad de dinero tenía, una fuerte suma, y no hay que decir que se mostró en exceso generosa, á costa ajena por supuesto. El avaro monarca Federico Guillermo ofreció

(1) De una de las mas notables confesiones políticas de Federico Guillermo contenida en una nota autógrafa del verano de 1719 y publicada por Droysen, tomo IV, pág. 266: interiormente se encoleriza por la presión que sobre él ejerce Inglaterra, pero no se siente con fuerzas bastantes para resistirse á ella: «por esto aconsejo á mis descendientes que tengan un ejército mas numeroso que el mio y con este deseo viviré y moriré.»

(2) Droysen, tomo IV, pág. 278. Posteriormente, con ocasión de las negociaciones de paz que se siguieron en Nystadt entre Rusia y Suecia en 1721, intentó Federico Guillermo negociar con el gobierno sueco la adquisición de Stralsund y Rugen por «una buena suma.» Página 315. Véase Schmoller: *Estudios sobre la política económica*, tomo I, página 44.

500.000 thalers; Suecia exigía dos millones, é Inglaterra logró que esta fuese la cantidad que se consignara en el tratado, cuando ella solo había pagado un millon por la adquisición de Bremen y Verden.

Después de algunos aplazamientos, concertóse al fin por medio de negociaciones directas seguidas en Estokolmo la paz entre Prusia y Suecia que se firmó en 1.º de febrero de 1720 (3), y al año siguiente el juramento de fidelidad.

Después de la paz prusiana se celebró la dinamarquesa, que también fué obra de la política mediadora de Inglaterra (3 de julio de 1720). El rey Federico IV hubo de renunciar á la esperanza durante largo tiempo acariciada de lograr en Stralsund y en Rugen un nuevo punto de apoyo para la dominación danesa en el Báltico; pues todo el territorio situado al Norte del Peene junto con la extensa isla protectora que enfrente de él había, así como la ciudad de Wismar, pasaron nuevamente á poder de Suecia. Esta, en cambio, hubo de pagar á Dinamarca 600.000 thalers imperiales y de renunciar á la exención del derecho de peaje en el Sund de que hasta entonces había disfrutado. La verdadera ganancia para Dinamarca estaba en el lugar donde veinte años antes había comenzado la gran lucha. En efecto, Suecia abandonó á la casa de Holstein-Gottorp, cuyo protector contra Dinamarca había sido desde hacia mucho tiempo y á la cual acababa de negar entonces la sucesión de la corona sueca. Al duque Carlos Federico únicamente le fué restituida la parte del ducado que pertenecía á Holstein, y en cuanto á la parte de Schleswig fué agregada á la porción danesa de Schleswig-Holstein, consiguiendo de esta suerte Dinamarca el fin que desde hacia mucho tiempo perseguía. La casa de Gottorp hubo de pagar una indemnización de guerra á Dinamarca: había acariciado grandes planes y sufrido un completo fracaso, entrando en el período de la paz con el territorio considerablemente mermado, pero, en cambio, con vehementes deseos de rehabilitarse y engrandecerse. El duque Carlos Federico nunca consideró perdida la esperanza de sentarse en el trono sueco, el cual efectivamente fué ocupado por un príncipe de su familia en 1751; y preparó el camino para mayores empresas casándose en 1725 con la gran duquesa Ana Petrowna, hija mayor de Pedro el Grande, fundador de la nueva dinastía imperial de Rusia.

Poco hemos de decir del convenio entre Suecia y Polonia, cuya realización ofreció grandes dificultades y que en la práctica tuvo muy escasa importancia. Estanislao Lescynski, en otro tiempo monarca dependiente de Suecia, había por de pronto terminado su papel y solo le quedaba de su antigua posición el título de rey y una pensión anual de un millon de thalers que Polonia le pasaba. A consecuencia de las cesiones otorgadas á Rusia no se tocaban ya por ninguna parte las fronteras polaca y sueca.

Sin aliado alguno prosiguió Pedro de Rusia hasta 1721 la guerra contra Suecia: un año tras otro año sus asoladoras expediciones penetraron en el territorio sueco propiamente dicho incendiando sus ciudades y aldeas, proponiéndose con ello el czar obligar al fin al tradicional adversario á aceptar las duras condiciones de paz sin las cuales no quería abandonar la lucha. Suecia resistió tenazmente durante algun

(3) Dumont: *Corps. univ. dipl.*, tomo VII, pág. 21, y además la carta de Federico Guillermo á Leopoldo de Dessau en que dice: «He firmado la paz con Suecia, pero no debo decirlo porque me da vergüenza de ello. He de pagar á Suecia dos millones y á los señores consejeros del reino 120.000 thalers y todo ello ha de estar pagado en 1722. Pero Stettin hasta el Peene (*sic*) es también cosa buena.» Witzleben, obra citada, pág. 443. La carta es de 23 de setiembre de 1719, después de firmados los preliminares de paz con Inglaterra.

tiempo los ataques realizados por fuerzas superiores á las suyas, pero también carecía de aliados y su aislamiento decidió de su suerte. Por un momento pareció que Inglaterra, que en todos los demás tratados de paz había impuesto á Suecia su mediación, iba á apelar á una vigorosa intervención entre las dos únicas potencias que continuaban en guerra y que la complicada cuestión del Norte se resolvería por una lucha decisiva entre Rusia é Inglaterra sobre la hegemonía en el Norte báltico. Pedro el Grande estaba resuelto á aceptar el reto, pero la política inglesa no se decidió á lanzarlo. A las arrogancias y amenazas de palabra con que los hombres de Estado ingleses anunciaron que «el czar no establecería su comercio en el Báltico, ni menos tendría en ese mar una escuadra,» no correspondieron los hechos. Los esfuerzos de la corte londinense para que el emperador y Prusia entraran en la lucha fueron inútiles, pues ambas potencias se negaron á sacar las castañas del fuego ruso para que Inglaterra se las comiera, y el final de las fanfarronadas inglesas en la cuestión del Báltico fué una retirada bastante vergonzosa, que en cierto modo se explica por la circunstancia de atravesar aquella nación una tremenda crisis pecuniaria, producida por el vértigo de acciones de la Compañía del Pacífico y su consiguiente derrumbamiento que quebrantaron profundamente la vida pecuniaria y mercantil de Inglaterra y que corrieron parejas con las especulaciones financieras de Gortz en Suecia y con el Banco de billetes de Law y las acciones del Mississipi en Francia. En tales circunstancias natural era que el gobierno inglés no estuviera dispuesto á hacer grandes gastos para una guerra. «Encuentro á Inglaterra — escribía un diplomático prusiano desde Londres — mas arruinada por las acciones que lo estaría por diez años de guerra (1).»

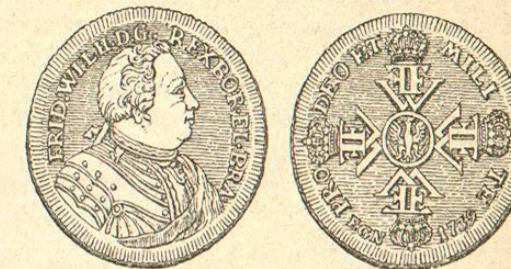
De todos modos Suecia fué abandonada ignominiosamente: la política inglesa, después de haber excitado hasta entonces á la corte de Estokolmo á que continuara la guerra, sacaba la cabeza del lazo y abandonaba á los suecos á su suerte, es decir, á merced del poderoso czar.

Los delegados rusos y suecos se reunieron en el verano de 1721 en Nystedt, puerto de la costa finlandesa, y cuando el czar formuló con carácter definitivo su invariable exigencia de la cesión de toda la Livonia, se sobrecogió de espanto todo el mundo cortesano y diplomático, pues aunque desde hacia tiempo era evidente que quería convertir en posesión permanente la conquista de esa provincia, hasta entonces no pareció que nadie se diera perfecta cuenta de tal hecho. De nuevo estalló, aunque de una manera fugaz, la indignación y se hicieron amenazas de guerra y se proyectaron alianzas y hasta en Berlín causó no poco temor la sobradamente cercana vecindad de Rusia en Livonia, aconsejando el rey Federico Guillermo al czar que tuviera en consideración la envidia general que su situación despertaría «como la había en otro tiempo despertado Luis XIV.» Pero nada hizo desistir al soberano ruso de sus propósitos, y en vista de que los suecos vacilaban en pronunciar la última palabra, hizo saber que tenía preparada una expedición de buques de guerra y tropas de desembarco dispuestas á llevar de nuevo el incendio y la devastación á Suecia. Esta amenaza produjo su efecto, tanto que en 10 de setiembre de 1721 firmóse la paz de Nystedt cuyas principales condiciones eran la cesión á Rusia de Livonia, Estonia, Irgenmanlandia y una parte de Karelia con las islas de Oesel, Dagoe y Moen, á cambio de lo cual el czar restituía la Finlandia y pagaba á Suecia dos millones de thalers imperiales. El imperio moscovita veía realizadas sus aspiraciones en el Báltico y entraba á formar

parte, con igual categoría que los demás, de la comunidad de Estados europeos.

Así terminó la crisis del Norte que había durado veinte años: desde aquel momento quedaba establecido entre las potencias del Báltico un nuevo orden de cosas cuyos efectos no tardaron en dejarse sentir en toda Europa y con el cual se sancionó el nuevo imponente poderío de Rusia cuyo czar tomó el título de emperador de la Europa occidental, que arrancaba de las tradiciones romano-germánicas.

La guerra del Norte tuvo para Alemania el importante resultado de reducir á proporciones mas pequeñas la dominación extranjera en territorio alemán, que era la herencia de la paz de Westfalia: Stettin y la Pommerania occidental, Bremen y Verden volvían á figurar en la confederación de Estados germánicos; el Oder, el Elba y el Weser desembocaban en el mar por costas alemanas y el resto de dominación sueca en la nueva Pommerania occidental, ó sea Rugen y



Doble federico de oro, de Federico Guillermo I. Tamaño original.

En el reverso el águila dentro de un círculo y entre cuatro iniciales F W coronadas y colocadas en cruz. En el borde inferior E G N, como iniciales del grabador de monedas Neubauer, y la fecha 1739. (Real Monetario de Berlín.)

Wismar, era una molestia y una vergüenza, pero no constituía ningún peligro desde los puntos de vista político y mercantil.

Mayores resultados habríanse obtenido sin duda si el Estado prusiano hubiese podido intervenir activamente en las violentas revoluciones del Norte con todas sus fuerzas y con un fin perfectamente determinado; pero ya hemos visto que no lo hizo y por qué razón. Quedaban, pues, sin resolver empresas por las cuales había suspirado ya el Gran Elector, como la de libertar del yugo polaco á la Prusia occidental y á Ermelandia y la de establecer una cohesión territorial entre la Prusia oriental y los territorios centrales de la Marca.

La política seguida por Prusia en la guerra del Norte, incluso la de Federico Guillermo I, no ofrece un solo rasgo de osada genialidad, habiéndose siempre mantenido dentro de los límites de una moderación y de una reserva prudentes y á veces casi demasiado modestas. En ella no encontramos esos impulsos políticos grandes, apasionados, que engendran un nuevo derecho, como los vemos en Pedro el Grande. Mejor dicho, esos impulsos existían, pero exclusivamente en un terreno, en el de la vida política interior. Este gran Estado alemán que tanto vuelo tomaba estaba rodeado de elementos hostiles y por todas partes envuelto en la red de envidias de los vecinos rivales, y únicamente podía sostenerse formando una unidad firme, sana en el interior y extraordinariamente fuerte en sus relaciones exteriores. Este sistema de gobierno fué una de las enseñanzas que sacó Prusia de la guerra del Norte: Federico Guillermo I supo comprenderla y se impuso la tarea de implantar en el Estado aquella Constitución necesaria, no permitiéndole su modo de ser ir mas allá de esa misión. Bastábale resolver ese problema y preciso es confesar que lo resolvió magistralmente.

Este rey fué, pues, el Vulcano que forjó las armas para el Estado prusiano que se encumbraba hasta alcanzar una im-

(1) Droysen, tomo IV, pág. 307.

portancia universal; el Aquiles que había de empuñarlas y manejarlas vino despues de él.

CAPITULO III

CORFÚ, BELGRADO Y SICILIA

Con las luchas, negociaciones y tratados de paz que acabamos de describir no queda completado ni mucho menos el cuadro de turbulentas agitaciones que nos ofrecen las dos primeras décadas del siglo XVIII.

Casi todas las relaciones de poder y de posesion en el Norte y en el Sur de Europa habían sufrido temporalmente violentas sacudidas. Extenuadas y ávidas de paz, las potencias beligerantes habían acabado por ponerse de acuerdo respecto de ciertas particiones y deslindes; pero con ello no tenían garantía alguna que les asegurara una paz general y duradera. La obra laboriosa de la paz de Utrecht, sobre todo, se vió muy pronto que era de todo punto insuficiente; sus mas importantes cláusulas fueron por todo el mundo discutidas y dieron motivo á nuevas complicaciones de las que vamos á ocuparnos ligeramente aunque solo en lo que se refieren á Alemania.

En medio del cúmulo de cuestiones no resueltas surgió inesperadamente una contienda: la nueva guerra de Venecia y Austria contra los turcos.

La Sublime Puerta había comprado con grandes sacrificios la paz de Karlowitz (1699) de la que ya en otro lugar nos hemos ocupado, pero no renunciado á la esperanza de resarcirse de las pérdidas entonces sufridas cuando para ello se le ofreciera ocasion propicia. En un punto había visto ya satisfechos sus deseos, pues por el tratado de Pruth el czar ruso había sido nuevamente desposeído, en 1711, de Azof, y confiaba en que tiempo vendría en que se restableciera en Hungría la soberanía de los Osmanes. Por el momento, resolvió el Divan declarar la guerra á Venecia para arrebatarle la península de Morea que tan de mala gana se había visto obligado á cederle, contando el sultan Achmed con que las demás potencias cristianas, cada vez mas enredadas en sus propias complicaciones, abandonarían á los venecianos á su propia suerte y por ende á la superioridad de fuerzas de los turcos.

Así fué que en el verano de 1715, sin pretexto que justificara la guerra, pero con grandes armamentos por tierra y por mar, comenzaron los Osmanes la lucha contra aquella república en un principio completamente aislada y malamente apercebida para resistir tan violento ataque (1). Los efectos de la primera campaña fueron desastrosos. En junio, el gran visir Damad-Alf-Bajá penetró en Morea por el istmo de Corinto al frente de un ejército de cien mil hombres: la mayoría de los comandantes venecianos de las plazas fuertes de aquel país, algunas de ellas casi inexpugnables, se dejaron dominar por el terror ante aquel ataque inesperado de fuerzas tan superiores y pagaron la cobardía de que dieron prueba al rendir tan de prisa aquellas plazas con la prision en las cárceles del Estado de Venecia. En ninguna parte encontraron los turcos una resistencia enérgica. Corinto fué la primera ciudad que cayó en su poder, siguiéndola Napoli di Romanía, la rica y bien fortificada capital de aquel territorio, aunque esta no se rindió sin que antes su escasa guarnicion se defendiera gloriosa y desesperadamente; la plaza de Malvasia, que se consideraba inexpugnable, fué cobardemente entre-

(1) Zinkeisen: *Historia del imperio osmánico en Europa*, tomo V, pág. 461. Véase Ranke: *Los venecianos en Morea* (Obras completas, tomo XLII, pág. 272).

gada al enemigo por su comandante sin intentar siquiera la defensa, y las pequeñas fortalezas siguieron el ejemplo de las otras. La poblacion griega nada hizo en pro de los venecianos cuya dominacion gozaba entre ellos de muy pocas simpatías. En suma, una sola campaña de verano bastó á los turcos para enseñorearse de toda la península de Morea, mientras su escuadra se apoderaba de las últimas plazas venecianas de las costas de Candía y de las islas de Tine y Cerigo. Únicamente en Dalmacia fué rechazado con fortuna el ataque de los turcos.

Mucho tiempo hacia que las armas osmánicas no habían realizado una campaña con tan brillante éxito. Constantinopla se entregó á las mas arrogantes esperanzas y vió *in mente* á los ejércitos turcos camino de Viena y de Roma (2). La república de Venecia, abandonada por todas las demás potencias cristianas, parecia condenada irremisiblemente á la pérdida de todas sus posesiones levantinas.

Dos circunstancias fueron causa de que el renacimiento militar de la Puerta no obtuviera los esperados triunfos: la virilidad que demostraron los venecianos á las órdenes de un sábio general alemán y la participacion de Austria en la lucha.

Hacemos gustosos mencion en este punto del valeroso y genial Juan Matías de Schulenburg que entró entonces en el servicio de la agobiada república é imprimió nuevos rumbos á los sucesos de Levante consiguiendo, si no una victoria decisiva, por lo menos rechazar gloriosamente el peligro mas inminente (3).

Desde sus años juveniles, el descendiente de una antigua familia de la vieja Marca brandeburguesa (nació en 1661) había recorrido el mundo prestando sus servicios militares á distintos señores. Desde fines de 1680 había tomado parte en las mas importantes acciones militares libradas en Hungría y en el Rhin, en Italia y en Polonia y finalmente en Bélgica, primero como oficial de Brunswick-Wolfenbüttele al servicio de Saboya, luego como teniente general del electorado de Sajonia al servicio de Augusto el Fuerte de Polonia y finalmente combatiendo en los Países Bajos con las tropas de subsidio sajonas á las órdenes de Eugenio de Marlborough y distinguiéndose en las batallas de Oudenaarde y Malplaquet. Era un hombre muy ilustrado, dotado de muy varias aptitudes y que había tenido ocasion de mostrar tambien en algunos asuntos políticos lo que valia como diplomático. Como militar fué uno de los mas eminentes generales de su época: Marlborough, que le tenia en grande estima, quiso hacerle entrar al servicio de Holanda y el príncipe Eugenio lo recomendó á la república de Venecia como el caudillo mas á propósito para ponerse al frente de su ejército de tierra y para contener los progresos de los Osmanes.

Schulenburg había dejado en 1711 el servicio del electorado de Sajonia y permanecido durante algunos años com-

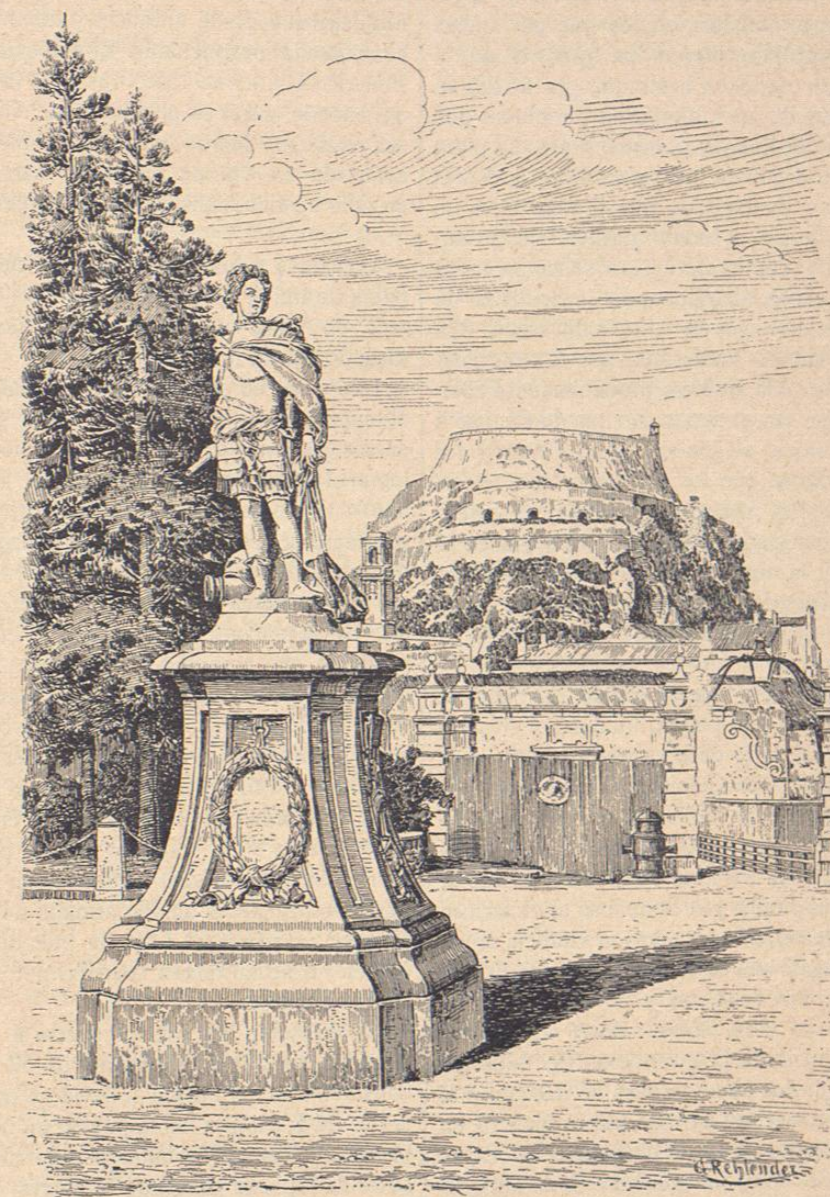
(2) En una oracion pública que se leía dos veces á la semana en Constantinopla, en los barrios de Pera y Galata, había las siguientes palabras: «Favoreced, oh Dios, nuestras empresas presentes, concedednos la conquista de Morea, á fin de que la fe otomana pueda reducir muy pronto á Viena y á Roma.» Theyl, *Memoires p. s. á l'histoire de Charles XII, roi de Suède*, etc. (Leyden, 1722), pág. 196. La segunda parte de estas memorias, cuyo autor era el canciller de la embajada holandesa en Constantinopla, está consagrada especialmente á la guerra de Austria y Venecia contra Turquía. Respecto de aquella oracion se añade: «Esta oracion... produjo un efecto admirable sobre todo en la Cristiandad.»

(3) *Vida y hechos notables de Juan Matías, conde imperial de Schulenburg*, etc. (Leipzig, 1834), excelente monografía escrita por un descendiente del feldmariscal y tomada de los papeles dejados por este. La conocida biografía de Schulenburg publicada por Barnhagen con anterioridad á esa monografía (*Monumentos biográficos*, I, II, Viena, 1825) ha sido en muchas partes rectificada y en otras completada por la misma.

pletamente apartado de la milicia; pero habiendo el gobierno veneciano, despues de la desgraciada campaña de Morea, reiterado con insistencia los esfuerzos que ya antes había hecho para atraérselo, aceptó al fin sus ofrecimientos y se encargó como feldmariscal del mando de todo el ejército terrestre de la república, comprometiéndose desde luego á desempeñarlo tres años.

En diciembre de 1715 entró en funciones. Por de pronto

no había que pensar en la reconquista de Morea: Schulenburg comprendió acertadamente que los Osmanes se dirigirían contra la plaza veneciana mas importante de las costas de Albania, contra la isla de Corfú, cuya conquista les pondría en posesion de un baluarte situado frente á Otranto y á la entrada del Adriático, desde donde podrían tener constantemente amenazadas la Italia meridional, Dalmacia y Venecia.



Monumento del feldmariscal Juan Matías de Schulenburg en Corfú (de una fotografía)

En su consecuencia se encargó personalmente de la defensa de los puntos que estaban en peligro. Las fortificaciones de la isla de Corfú, como las de la mayor parte de las plazas venecianas en aquella época de decadencia, se encontraban en un estado deplorable; su guarnicion era insuficiente y todos los preparativos necesarios para una defensa se hallaban en el mayor abandono. Schulenburg puso remedio á todo ello con admirable energía: en el corto período que medió hasta que desembarcaron los turcos, puso la ciudad y las fortificaciones en regular estado de defensa. Las fuerzas con que contaba para la lucha no eran, sin embargo, suficientes para la árdua mision que les estaba encomendada, puesto que cuando comenzó el sitio en julio de 1716 apenas había dentro de la plaza 2.000 hombres útiles y aun estos quedaron reducidos, despues de los primeros comba-

tes, á 1.500 que luego, en las semanas siguientes, volvieron á aumentar hasta 2.000 con los refuerzos que recibieron (1). Contra lo que Schulenburg había esperado, el apoyo que la escuadra veneciana prestó á los sitiados fué de muy poca eficacia.

En los primeros dias de julio la escuadra turca al mando de Kapudan-Bajá y con fuerzas dobles á las de la veneciana se presentó delante de la isla y el dia 25 desembarcó un ejército sitiador de 30.000 hombres: á fines del mismo mes se construyeron los aproches.

Entonces comenzaron un sitio y una defensa memorables

(1) Véase la especificacion de esas fuerzas en *Schulenburg*, tomo II, páginas 67, 27 y 36: una parte bastante considerable de estas tropas se componia de mercenarios alemanes.